

EL IBERISMO DE EUGENIO MONTEJO. SU PRESENCIA EN ESPAÑA

Atanasio Alegre
Conciencia Activa

Un par de poetas españoles y yo preparábamos, poco antes de la muerte de Eugenio, un razonamiento sobre lo que podrían ser las bases de la postulación del Premio Príncipe de Asturias para él. Dando vueltas a unas y otras razones, viendo cómo su presencia había entrado de una manera realmente victoriosa dentro del mundo poético y literario español, dimos con la palabra “iberismo” para Eugenio Montejo.

Decía Antonio Machado, gran escritor español a quien también Montejo admiraba y quien fue tema central de muchas de sus conferencias y seminarios, que la poesía consiste en hacer de la prosa otra cosa. Partiendo de esta frase, Eugenio hizo de la literatura otra cosa, cualidad que le valió para llegar a ser una figura de primera magnitud de la literatura que se hace hoy en el mundo hispánico, no solamente en Venezuela sino en territorios latinoamericanos tales como México, Colombia, Ecuador y otros. Además, se instala de una manera especial y definitiva en España, hecho que parecería casi imposible.

Digo que es así porque todo el mundo sabe que instalarse como escritor con cierto éxito en España requiere siempre de un mecanismo, un montaje o una operación de *marketing* muy fino, lo cual suele ir adicionado por un premio literario importante en una editorial o cuando el autor latinoamericano ya ha resultado ser un *bestsellerista* en su propia patria. Solamente es entonces cuando logra ser incorporado, por un sistema de mercadeo, a las editoriales especializadas en este tipo de libros. Sin embargo, éste no fue el caso de Eugenio, como no había sido tampoco el de dos autores latinoamericanos que cambiaron de una manera notable el signo del modo de hacer literatura en su momento en España. Creo que ustedes están sospechando que el primero es Rubén Darío.

Darío entra en un momento en el que las letras y la literatura española estaban escritas con aquella prosa de párrafo largo, llena

de oraciones auxiliares. Francisco Umbral la definía diciendo que estaba manchada de café, de fideos y de subjuntivos, al igual que los chalecos de la gente y de los escritores que para ese momento la desarrollaban. Era la época de Núñez de Arce, cuando gritaba aquel verso perteneciente a la “Oda al dos de mayo”, escrito por Bernardo López García: “Oigo patria, tu aflicción y escucho el triste concierto”. En ese instante entra un señor que venía en funciones diplomáticas desde Francia, quien se había afiliado al *Modernismo*, y se encuentra con el momento en el que la Generación del 98 se habían ido a los pueblos a ver cómo hablaban y a rescatar aquello que llamó Unamuno “el alma de España”; entonces él se quedó en la ciudad.

Era un hombre para quien la vida no molestaba en salud, de manera que sus borracheras por el Barrio de Chamberí, en los sitios que entonces llamaban “Madrid de perdición”, eran frecuentes. Dijeron inmediatamente de él: “Ojo, a éste se le ven las plumas”; las plumas del indio, por supuesto, debajo de aquel gorro que a la inversa de Napoleón usan siempre los *chalos* cuando se visten de diplomáticos. Pero esas plumas eran más bien unos dardos que envolvían los versos y disparaban de manera certera contra todo aquello que en ese momento se llamaba la literatura de fin de siglo del XIX en España.

Cuando un día se acercó García Lorca, por curiosidad, a uno de sus recitales y oyó aquellos versos “que púberes Caroras te ofrezcan el acanto”, dijo: “¡Coño! Sólo entendí una palabra, la primera ‘que’”. Pero fuera de todo esto, se empezó a recitar todo eso de la princesa Margarita, el cortejo. Sobre todo comenzó a estar impredeciblemente en todos los bolsillos de los jóvenes estudiantes aquel librito que se llamó *Azul...* Ese que se ha seguido editando y casi todos los adolescentes españoles –por las razones que sean– tienen que haber leído antes de entrar en el mundo de la literatura. Para resumir, podríamos decir que Rubén Darío le devolvió el español a los españoles. Además, se dio cuenta de que la poesía tenía que volver a la música, la música al pueblo y, en una frase que diría Dalí más adelante, de lo que se trataba era de desacreditar la realidad.

Pues bien, la influencia de Rubén Darío en España duró hasta que estalló la Guerra Civil en el año ‘36. Antes de él sí hubo autores, poetas y muchos jóvenes; incluso entre ellos se encontraba Juan Ramón Jiménez, un gran adicto a la poesía y alumno del mismo Darío. Un buen día en el que Villaespesa, otro de los poetas de aquel momento, le llevó unos versos a Darío, uno de ellos que hablaba del

mar, que decía algo así como: “En féretros de espuma, cadáveres de rosas”; éste le dijo: “Oye, vas bien, ese es el camino”. De manera que Darío entró en el mundo literario español como un vendaval, un vendaval de flores, de versos, como ustedes quieran llamarlo; pero hizo un cambio realmente tremendo. Cuando llega la Guerra Civil española, años de silencio y de tortura, como lo resumió con una sola frase otro poeta, Dámaso Alonso: “Sólo se oían los gritos de los cadáveres”.

Pero más adelante, en la década de los sesenta, otro escritor latinoamericano entró a remolque en el escenario de la literatura española, por todo aquel paraje, aquel problema que algunos escritores latinoamericanos montaron –y lo siguen montando– que de la mano de Carmen Balcells se ha denominado el *Boom literario*. Unos entraron, se vieron acogidos, acariciados. En aquel instante la literatura latinoamericana dio inicio a la que iba a ser, y es ahora, la gran industria editorial española. Sin embargo, uno de ellos dijo que Jorge Luis Borges entró a regañadientes. Había dicho una de las peores cosas que sonaban en el oído de los españoles al hablar de Menéndez y Pelayo cuando dice que *La historia de la ciencia española* no era más que un libro de ficción, y lo dice porque la solidez del sustantivo la deshace por la caricia del epíteto. De manera que, no estaba muy a tono con lo que se escribía en la España que en determinado momento lo va a aceptar.

Tuve la oportunidad de conocer la biblioteca de Borges en Buenos Aires, justamente el día en que la Corte Suprema le adjudicó a María Kodama la posesión de la herencia que fue tan peleada por los otros familiares. Ese día vi la casa donde vivió y al lado estaba la de su madre. Me fije en su biblioteca, allí había muy pocos libros españoles: *El Quijote*, algo de Quevedo. Me llamó la atención, pues él cita en la *Historia de la eternidad* a un autor renacentista español que publicó el único libro de su vida después de muerto por miedo a la inquisición, Amado de Cheiler, compañero agustino de Fray Luis de León, a quien él cita en su único libro *La conversión de la Magdalena*. Dentro de este ambiente entra Borges, no tanto por su cuentística ni por su poesía sino por su ensayo breve.

Los españoles que en aquel momento empezaron a leer esos ensayos, veían que en ellos había armonía y exactitud. En cierto modo, leerlos era como si se abriera una puerta y allí aparecieran los más importantes textos de la famosa biblioteca de Alejandría. Fue un

alejandrino quien entró a influir en aquel momento en su literatura. No fueron muchas las veces que Borges estuvo en España, todo el mundo sabe su lejanía estética de algunos autores clásicos y su poco interés por autores españoles que incluso en algún momento estuvieron en Argentina dando sus conferencias, como José Ortega y Gasset, del cual dijo “Don José Ortega y Gasset: primero de España y quinto de Alemania”. Termina un poco su influencia, sin embargo se sigue editando; pero es otro de los autores que no van a entrar por un mecanismo de *marketing* dentro del mundo literario español.

El tercer caso que habrá que estudiar con mucho más detenimiento del que se hace en este texto, es justamente el de Eugenio Montejo. Él comienza publicando en La *Estafeta del viento* sus primeros poemas. Esta era para aquel momento, y probablemente sigue siendo, la revista de poesía más importante en España. Desde ese instante los magazines literarios de los domingos empiezan a tomar interés en este autor; de modo que como se la mire es el país, es el mundo, poco a poco se dan cuenta de que este hombre ha leído tanto y lee tan bien la literatura latinoamericana y la clásica, sobre todo a Machado, que hay que editarlo. Montejo iba silenciosamente dando vuelos hacia España, dictando conferencias, seminarios, para de repente convertirse en una presencia realmente importante dentro de las letras españolas.

Hay un momento en el famoso libro que publicó Hannah Arendt sobre las peripecias de sus amoríos con Heidegger, en el cual le reprocha todo, pero le dice:

Si te tengo que agradecer algo y te lo agradezco de todo corazón es que me enseñaste a leer, que es probablemente la ciencia más difícil, me enseñaste a leer porque tú eres el mejor lector que ha habido en la historia de la filosofía.

Pues bien, yo creo que la lectura que Eugenio hizo en España, sobre todo de la literatura portuguesa que estando al lado apenas se conocía, él es quien introduce en España –y en Venezuela en cierto modo– a Miguel Ternes. Montejo fue el que le dio todo el acento posible a Lobo Antunes, el cual no se extrañen en cualquier momento obtenga el Premio Nobel, por lo que vale pero también porque es uno de los autores que más se lee, no sólo en Alemania sino en los países escandinavos.

Él dio una nueva visión a todo lo que tenía que ver con el paisaje temporal de la literatura portuguesa, lo cual definió Eugenio Montejo en su ensayo *El taller blanco*, uno de los más exquisitos sobre Juan de Mairena, donde este autor decía que el poema que no tenía un marcado acento temporal está mucho más cerca de la lógica que de la lira. Ese fue el sentido que tuvo, por ejemplo aquel ensayo sobre las piedras de Lisboa, esa fue la conexión sobre todo lírica que él hizo con lo que había en Portugal: con aquella *saudade*, aquella tristeza, que fue como una niebla que adornó toda su poesía; aquella incertidumbre, aquella manera de fluctuar existencialmente dentro de las cosas.

Esta conjunción de las raíces que él llevaba en su poesía las compartió generosamente con sus discípulos en España sobre Gerbasi, Cadenas y todos los poetas venezolanos contemporáneos. Hay que decir que el gran acervo de la poesía venezolana necesita en cualquier momento de un trabajo arqueológico importante, porque es tanta y en cierto momento tan original que se nos está perdiendo de vista. Muy bien, estos elementos: las raíces latinoamericanas, aquella manera en la cual leyó a Quevedo y a Machado para los españoles, cómo mezcló todo con el acento triste, rico, profundo, solitario que lo caracterizó. Lo decía Miguel Tornes: “qué benditos estos portugueses, que cuando van al destierro y cuando de alguna forma son inmigrantes de otros países, cuando les preguntan de dónde vienen lo dicen en aquella voz tan baja para que no se oiga cuál es el nombre de su pueblo”.

Mezclado todo esto es que nosotros tres hablábamos de la idea, muy probable, de que Eugenio llegará a obtener el Premio Príncipe de Asturias. Pero en algún momento habrá que hablar con mayor acento y extensión acerca de estos temas. Hoy por hoy se nos ha ido uno de los hombres que más nos ayudaría en este momento que lo necesitamos a purificar el lenguaje, como hubo que purificarlo en el año 47 cuando en Alemania se desmontó toda aquella forma de hablar del marxismo. Era un compañero no sólo bondadoso sino también lleno de una gran sabiduría, que tenía dos polos únicamente: por el norte limitaba con la bondad y por el sur con la generosidad.

